

ISSN 1851-7099

Boletín Bibliográfico Electrónico

del Programa Buenos Aires de historia política

Año 1. Número 1, marzo 2008



**PROGRAMA
BUENOS AIRES
DE HISTORIA POLÍTICA
DEL SIGLO XX**

Boletín Bibliográfico Electrónico

<http://historiapolitica.com/boletin/>

boletin@historiapolitica.com

publicación semestral del **Programa Buenos Aires**

ISSN 1851-7099

Domicilio del *Boletín*:

Facultad de Humanidades - UNMdP

Funes 3350

7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires

Argentina.

Staff

Directora

Marcela Ferrari (UNMdP)

Comité Editorial

María Dolores Béjar (UNLP)

Laura Llull (UNS)

José Marcilese (UNS)

Julio Melon (UNdMP)

Ricardo Pasolini (UNICEN)

Luciano de Privitellio (UBA/UNSAM)

Luis Alberto Romero (UBA/UNSAM)

¿Por qué un boletín bibliográfico electrónico sobre historia política?

Este *Boletín* se propone informar sobre las publicaciones de historia política argentina y mundial del “largo” siglo XX (desde fines del siglo XIX hasta comienzos del siglo XXI). Al igual que el sitio historiapolitica.com, está dirigido a los especialistas en la disciplina y a un público más amplio, integrado por docentes, estudiantes de la carrera de historia y disciplinas afines y lectores interesados en seguir los avances de la historia política en general. Incluye distintas secciones: reseñas informativas y notas críticas de libros de reciente aparición, estados de la cuestión, entrevistas, debates historiográficos y resúmenes de tesis.

Contenidos

El *Boletín* espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren con él a través de contribuciones que integran distintas secciones:

Reseñas. Constituyen una parte sustancial del Boletín. Son textos de índole informativa y descriptiva. Mediante su inclusión se pretende dar un panorama actualizado y de rápido acceso al contenido de las publicaciones recientes en historia política.

Notas críticas. Se trata de comentarios realizados por encargo a investigadores formados o en formación que se hayan especializado en el tema de la nota.

Entrevistas a historiadores y científicos sociales cuya producción haya contribuido a la formación del campo de la historia política.

Resúmenes de tesis. Se recogen las contribuciones de investigadores que recientemente hayan defendido tesis de posgrado en temas de historia política.

Otros. Se ofrecerá un espacio destacado a **comentarios sobre libros temáticamente relacionados, estados de la cuestión** sobre temas en los que haya una producción relevante, o **discusiones** en torno de un libro importante o polémico.

Normas para el envío de materiales

El *Boletín bibliográfico electrónico* es una publicación semestral, con referato interno e ISSN, que abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de sus secciones: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de hasta 700 palabras y los resúmenes de tesis, de hasta 1400 palabras.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán a la revista por correo electrónico exclusivamente, en formato de texto enriquecido (.rtf) o Microsoft Word (.doc/.docx). Enviarlos a boletin@historiapolitica.com

La primera nota al pie, indicada con un asterisco (*), deberá mencionar la adscripción institucional y el e-mail de las/los autoras/res. El resto de las notas al pie deberán numerarse consecutivamente.

- × Javier Auyero. *La zona gris: violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, por Juan Manuel Gouarnalusse. **Página 7**
- × Federica Bertagna. *La Patria di Riserva. L'emigrazione fascista in Argentina*, por María Victoria Grillo. **Página 8**
- × Alejandro Blanco. *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, por Juliana Cedro. **Página 9**
- × Peter Fritzsche. *De alemanes a nazis. 1914-1933*, por Germán Friedmann. **Página 10**
- × Guillermo Gasió. *Yrigoyen. El mandato extraordinario, 1928-1930*, por María José Valdez. **Página 11**
- × Guillermo Gasió. *Yrigoyen en crisis, 1929-1930*, por María José Valdez. **Página 12**
- × Emilio Gentile, *La vía italiana al totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista*, por Ana Ferrari. **Página 13**
- × Steven Levitsky y María Victoria Murillo (eds.). *Argentine democracy. The politics of institutional weakness*, por Laura Llull. **Página 14**
- × Ana Longoni. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, por Vera Carnovale. **Página 15**
- × Edward S. Morgan. *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*, por María Inés Tato. **Página 16**
- × David Rock. *La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916*, por Claudio Belini. **Página 17**
- × Luis Alberto Romero (coord.). *La Argentina en la escuela. La idea de la nación en los textos escolares*, por Pedro Berardi. **Página 18**
- × Pierre Rosanvallon. *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, por Ana Leonor Romero. **Página 19**
- × Ernesto Salas. *La resistencia peronista: La toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, por Juan Manuel Romero. **Página 20**
- × Silvia Sigal. *La plaza de Mayo. Una crónica*, por Nicolás Sillitti. **Página 21**
- × César Tcach y Celso Rodríguez. *Arturo Illia: un sueño breve. El rol del peronismo y de los Estados Unidos en el golpe militar de 1966*, por Juan Manuel Romero. **Página 22**
- × Horacio Verbitsky. *Cristo Vence. La Iglesia en la Argentina. Un siglo de Historia Política (1884-1983)*, por Martín Obregón. **Página 23**
- × José A. Zanca. *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*, por Claudia Touris. **Página 24**

Notas críticas

- × Sofía Correa Sutil. *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, por Luis Alberto Romero. **Página 26**
- × Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, por Santiago Cueto Rua. **Página 28**
- × Ana Virginia Persello. *Historia del radicalismo*, por Marcela Ferrari. **Página 31**

Comentarios de libros relacionados

- × Evocaciones de un mundo desaparecido: dos trayectorias militantes en diálogo. Comentarios a Graciela Mochkofsky, *Tío Borís. Un héroe olvidado de la Guerra Civil Española*, y Alicia Dujovne Ortiz, *El Camarada Carlos. Itinerario de un enviado secreto*, por Elisa Pastoriza. **Página 34**

Entrevistas

- × “Una revolución historiográfica que todavía está en marcha”. Entrevista a Hilda Sabato, por Ana Virginia Persello y Luciano de Privitellio. **Página 38**

Resúmenes de tesis de posgrado

- × Lucía Bracamonte (UNS). *Mujeres y trabajo. Voces y representaciones en la prensa de Bahía Blanca. 1880-1934*. **Página 46**
- × María Teresa Brachetta (FLACSO). “Refundar el peronismo”. *La revista UNIDOS y el debate político-ideológico en la transición democrática*. **Página 48**
- × Daniel Dicósimo (UNICEN – UNMdP). *Disciplina y conflicto en la industria durante el proceso de reorganización nacional (1973-1983)*. **Página 50**
- × Marina Franco (Paris VII - UBA). *Los emigrados políticos argentinos en Francia. 1973-1983*. **Página 51**
- × Germán Friedmann (UBA). “Das Andere Deutschland”. *La Otra Alemania en la Argentina. Germanoparlantes antinazis en Buenos Aires, 1937-1948*. **Página 53**
- × Patricia A. Orbe (UNS). *La política y lo político en torno a la comunidad universitaria bahiense (1956-1976). Estudio de grupos, ideologías y producción de discurso*. **Página 54**
- × María del Mar Solís Carnicer (UNCu). *La Cultura Política en Corrientes. Partidos, elecciones y prácticas electorales entre 1909 y 1930*. **Página 56**

NOTAS CRÍTICAS

Sofía Correa Sutil. *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2005, 313 páginas.

Por Luis Alberto Romero (CONICET. UNSAM. UBA)

La historiadora chilena Sofía Correa Sutil estudia el desempeño político de la derecha chilena a lo largo de las siete últimas décadas del siglo XX. Analiza el comportamiento de esa fuerza político social en distintas instancias: durante el período del Frente Popular (1938-52), en el período “populista” de Carlos Ibáñez del Campo (1952-58), bajo la presidencia del derechista Jorge Alessandri (1958-64) y durante lo que llama el período revolucionario, que comprende las presidencias de Eduardo Frei (1964-70) y Salvador Allende (1970-73). Concluye con el análisis de la derecha, transformada pero reconocible, durante la dictadura de Augusto Pinochet, y finalmente formula algunas consideraciones generales sobre la etapa democrática actual.

Dos preocupaciones articulan este libro. La primera, propia de la historiadora, es dar cuenta de la posición de la derecha chilena en el largo proceso del siglo XX, que incluye la democratización política, el populismo, la revolución y la dictadura. La segunda, donde la historiadora comparte roles con la ciudadana, es comprender la singular y poderosa derecha actual, lo que tiene de novedoso y lo que, en cambio, la vincula con sus predecesoras. En ese sentido, la definición de un objeto apelado por un vocablo tan polisémico como impreciso es claramente instrumental. Descarta por un lado las expresiones de la derecha radical, de inspiración fascista, por escasamente relevantes. Tampoco se ocupa de la elite gobernante antes de 1930, que muchos califican de “derecha”, pues a su juicio es la aparición de la izquierda –el socialismo, el comunismo–, posterior a esa fecha, lo que convierte a las fuerzas políticas vinculadas con la elite en “derecha”. Finalmente, excluye definitivamente del ámbito de la derecha al social-cristianismo, del cuál salió primero la Falange y luego la Democracia Cristiana.

Dicho por la positiva, la derecha aquí estudiada se apoya sobre tres patas. Por un lado los partidos políticos tradicionales –el Conservador, el Liberal– y sus sucesores; por otro, las agremiaciones empresarias: agricultores, industriales, mineros, comerciantes, y los más recientes grupos económicos, que atraviesan a los distintos sectores. Finalmente, *El Mercurio*, el diario que cumple una función central en la articulación discursiva de esa fuerza político social.

El primer problema de esta derecha fue lidiar con los ascendentes partidos de izquierda, los sindicatos industriales y un partido Radical por entonces vinculado con ellos. En 1938 estas fuerzas

conformaron un frente popular victorioso, con aspiraciones reformistas, que sin embargo la derecha acertó a bloquear, sobre la base de la negociación. Así, aceptaron la injerencia del estado en la industria, pero lograron instalar sus representantes corporativos en los órganos estatales reguladores. Admitieron la institucionalización del conflicto industrial, pero bloquearon eficazmente la sindicalización campesina, que podía afectar sus bases electorales. Finalmente, lograron captar e incorporar algunos políticos del frente popular

Así, los partidos de la derecha, que perdieron la presidencia, hicieron valer en el Congreso su peso, sustentado en un voto campesino cautivo, y descartaron cualquier

tipo de golpe militar, lo que constituyó una singularidad en Hispanoamérica. En 1946 también descartaron otra alternativa: la de una derecha populista. En lugar de apoyar a un hombre de ellos con esa tendencia –Cruz Coke– optaron por la más conocida opción del candidato radical, González Videla. Pronto logran atraerlo a sus filas, aunque a costa del desprendimiento del sector social cristiano, que se escindió del partido Conservador y se apartó de la derecha. En suma –sostiene Correa–, en esta larga década la derecha hizo gala de su capacidad para negociar con flexibilidad, en aras de sus objetivos de largo plazo. Esta capacidad es, a su juicio, uno de sus rasgos más perdurables.

El segundo problema lo constituyó la emergencia del populismo, a principios de los años cincuenta. El contexto era la crisis de la economía industrial surgida después de 1930, una intensa agitación sindical y, por otra parte, en el mundo de la Guerra Fría, la proscripción del partido Comunista, cuyos simpatizantes alimentaron otras alternativas políticas, como la del general Ibáñez del Campo. La táctica de la derecha fue defensiva, como en la etapa anterior, y consistió en acotar el estatismo



↳ populista y poner límite al poder de los sindicatos. Pero en esos años hubo un importante cambio estratégico: la derecha optó por tomar cierta distancia de los partidos tradicionales, alinearse definitivamente con los sectores empresarios y adoptar tanto la bandera del anticomunismo como la del liberalismo económico, puestas al servicio de un proyecto de modernización capitalista. Jorge Alessandri, electo presidente en 1958, con un tercio de los votos, dio forma a esta alternativa en la que los “gerentes” tuvieron un peso mucho mayor que los “políticos”. Este primer ensayo de modernización liberal constituye para Correa el más claro antecedente de las formulas aplicadas durante la dictadura de Pinochet. En términos de políticas económicas, fueron ejecutadas por el mismo grupo de economistas, afiliados a la Escuela de Chicago, muy influyente en Chile. Alessandri fracasó pronto —ya en 1960 debió retornar al intervencionismo estatal— en parte por las dificultades específicas de la reorientación económica, y en parte porque el clima internacional empujaba en otro sentido. En el contexto de la Alianza para el Progreso, desde los Estados Unidos se exigieron reformas profundas. Éstas tocaban el aspecto más duro de la sociedad chilena, y el más entrañable de su elite: la estructura agraria. Se trataba de la tecnificación, la expropiación de los latifundios, la emancipación social y política de los campesinos, todo ello considerado la clave del desarrollo económico. También eran cambios muy importantes, aunque en un sentido algo diferente, para la Iglesia Católica —estrechamente vinculada con los grupos social cristianos— y para las izquierdas, impulsadas por el espíritu de la Revolución Cubana.

Este es un momento crucial para la derecha. Como en el pasado, podía asimilar ciertos aspectos del reformismo, pero no podía acompañar a una oleada de democratización que se expresaba, de manera cada vez más contundente, en clave de revolución. En 1964, y para enfrentar a Salvador Allende, la derecha decidió sumarse a la candidatura demócrata cristiana de Frei y a su “revolución en libertad”. Lo hizo sin convicción, y juzgándolo el mal menor. Para Correa, este es el fin de la derecha histórica. Durante los nueve años revolucionarios —así se conceptualiza a los de Frei y Allende— la nueva derecha abandonó el parlamentarismo liberal, alentó la acción directa y la movilización social desestabilizadora, y se acercó a las Fuerzas Armadas, colaborando activamente en el golpe de 1973. Durante la dictadura de Pinochet, la derecha se reestructuró profundamente, combinando el corporativismo católico de Jaime Guzmán —un dirigente importante y sumamente interesante— con el neoliberalismo económico de los llamados *Chicago boys*.

En la parte final, Sofía Correa traza a grandes rasgos un contundente cuadro del pasado reciente y el presente. Con Pinochet, la derecha logró concretar la remodelación de la sociedad y la economía iniciada fallidamente con Jorge Alessandri. Su éxito fue tan grande que, luego de la dictadura, sus opositores han debido limitarse a administrar prolijamente el nuevo Chile, mientras los dictatoriales de ayer organizan partidos políticos adaptados al juego democrático. En ese

punto, Correa fija su posición en el debatido tema de la continuidad o novedad de la derecha actual. Ya desde la década del sesenta, los grupos económicos más concentrados constituyen su núcleo. Su capacidad negociadora, que combina concesiones en lo inmediato a cambio de beneficios de largo plazo, constituye un rasgo histórico. Finalmente, Correa encuentra que la derecha no ha sido, ni lo es actualmente, constitutivamente democrática o antidemocrática, y que ha sabido adaptarse a distintos escenarios.

Sofía Correa presenta una síntesis, clara y directa de un estudio mayor. El texto, de prosa accesible y atractiva, se presenta aligerado de erudición, aunque tiene todas las referencias necesarias. Ordena un cuadro complejo y propone hipótesis explicativas contundentes. Recoge las discusiones sobre los distintos temas y establece sus discrepancias y acuerdos con otros autores. Su trabajo es fuerte sobre todo en el análisis de los intereses objetivos y las estrategias de los actores. No aparecen igualmente subrayadas otras dimensiones que hoy interesan mucho a los historiadores de la política. Una de ellas es la incidencia de las ideologías, discursos y en general los aspectos simbólicos de la política, que son los que tienen capacidad para movilizar a sectores más amplios que los dirigentes, y cuyo voto es esencial en los escenarios políticos democráticos. La otra son las prácticas electorales mismas, que han cambiado sustancialmente en el siglo XX y sobre las que desearíamos saber más. En mi opinión, esos estudios —que sin duda este libro posibilitará y estimulará— aunque quizás matizarían las conclusiones, no las modificarían sustancialmente.

En suma: un estudio denso y fundamentado, volcado aquí en una forma sintética, accesible y provocadora. Un caso, el chileno, que leído desde la Argentina sugiere todo tipo de comparaciones, relaciones, búsquedas de semejanzas y sobre todo de diferencias. ...

Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2006, 340 páginas.

Por Santiago Cueto Rúa (UNLP)

Historia Reciente, libro compilado por Marina Franco y Florencia Levín, tiene en principio dos objetivos: por un lado, intervenir en el campo historiográfico con la voluntad de que la historia cercana se legitime como disciplina; y por el otro, reflexionar en torno al pasado reciente y a las distintas formas en que se lo ha abordado en nuestro país.

El libro se propone como parte de un escenario de dos escalas distintas: a nivel global, refiere a la novedad de los estudios de historia reciente, cuyos orígenes datan de mediados del siglo pasado, y están ligados a las experiencias traumáticas europeas; a nivel nacional, esa particularidad se suma a ciertas dificultades que la historiografía ha tenido para estudiar nuestro pasado cercano, a diferencia del recorrido que ya tienen otros desarrollos académicos como por ejemplo la sociología o las ciencias políticas.

Las compiladoras proponen trabajar a través del diálogo con otras disciplinas y con otros actores/protagonistas extra académicos de ese pasado. Esta intención se materializa en el libro, dado que está compuesto por una serie de artículos que comparten una orientación temática, pero no más que eso. Es decir, su riqueza está precisamente en que su objeto, la historia reciente, es analizado desde distintas miradas: historia, educación, sociología, antropología y ciencias políticas. El conjunto de textos plantea problemas sumamente dispares, y los analiza con enfoques diversos.

Dada esta particularidad, esta reseña se ve obligada a distinguir ciertos temas que recorren el texto, aún a riesgo de ocultar otros, cuando no de omitir el mismo tratamiento para todos los trabajos. Por ese motivo se resaltan tres ejes: 1. el vínculo entre historia y memoria; 2. la tensión entre compromiso y distanciamiento por parte de los investigadores; 3. el tratamiento de las fuentes.

Historia y memoria

Varios de los autores (Franco y Levín, Traverso, Sábato) coinciden en que el vínculo entre historia y memoria suele ser pensado desde dos polos que no ayudan a comprender bien la cuestión. El primero, asociado a perspectivas “positivistas”, rechaza la memoria por subjetiva y poco confiable. El segundo, coloca a la memoria en un lugar de privilegio tal, que pretende borrar sus diferencias con la historia.

En el capítulo escrito por las compiladoras “El pasado cercano en clave historiográfica” se señala que la articulación correcta permite vincular la historia y la memoria como dos discursos sobre el pasado con regímenes distintos de legitimación; la

primera está asociada a la veracidad y la segunda a la fidelidad. Desde la historia se puede corregir la memoria, pero no se la debe invalidar porque allí aflora la subjetividad. El historiador debe servirse de la memoria sin rendirse ante ella. Ese riesgo se corre, señalan las autoras, cuando se sobrelegitima la voz de los testigos. El relato debe por un lado, ponerse en diálogo con otras fuentes, y por otro, historizarse para reconocer lo decible y lo indecible de determinados momentos históricos. Se evita de este modo fetichizar el testimonio.

Enzo Traverso, cuyo trabajo se titula “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, señala que otra de las vinculaciones entre estas formas de acercamiento al pasado surge a partir de mediados del siglo XX, a través de

la presencia social permanente de la memoria “como religión civil” y la obligación de los historiadores de hacerse cargo de ello. Este autor marca diferencias entre ambas, pero no para distanciarlas sino para ponerlas en interacción. La memoria es subjetiva, no necesita pruebas para quien la porta; se modifica con el tiempo; es una visión del pasado siempre mediada por el presente. La historia, que surge de la memoria, también se escribe desde el presente pero pasa por otras mediaciones. Para constituirse como campo del saber debe emanciparse de la memoria, aunque no rechazarla; comprenderla, pero no someterse a ella. El historiador debe pasar la memoria por un tamiz objetivo, empírico, documental y fáctico.

Hilda Sábato por su parte, en “Saberes y pasiones del historiador”, agrega otro matiz a este vínculo. Según esta autora la memoria se asocia a la búsqueda y construcción de identidades, mientras que la historia se desembaraza de ese trabajo. Sin embargo, esto no supone que sus tareas sean opuestas sino complementarias. De este modo puede llevarse a cabo una puesta en cuestión mutua que favorezca el mejor acercamiento al pasado. Algo semejante señala Kaufman (“Los desaparecidos, lo indecible



↪ y la crisis”) para quien el trabajo del historiador no sólo no se opone al del testigo, portador de memoria, sino que ambos se retroalimentan

Sergio Visacovsky muestra, en “Historias próximas, historias lejanas”, de qué forma entre la historia y la memoria puede entrometerse la etnografía, como una manera de acercarse al pasado que parte de las perspectivas de los actores, y del modo en que éstos elaboran la linealidad temporal. Como se ha dicho, la memoria es una mirada del presente que construye y reconstruye el pasado. El autor muestra que el pasado no es lineal y es reestructurado de acuerdo a los problemas del presente.

En el trabajo de Elizabeth Jelin, “La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado”, se encuentra un modo distinto de articular las dos formas de abordar el pasado que se vienen analizando. La autora hace una historia de la memoria. Su objeto es el Cono Sur, sobre todo las posdictaduras argentinas, chilenas y uruguayas, y su marco de referencia es al igual que en varios de los trabajos, el caso alemán. Allí se analiza cómo las distintas sociedades van variando las formas de interpretar el pasado traumático, y cómo esos cambios no necesariamente deben terminar en clausura, justamente porque cambian los actores que los reconstruyen, y con ello las preguntas e inquietudes. Porque, además, la intensidad del dolor impide el cierre del recuerdo y porque la memoria no es lineal, y ello impide que haya garantías de que a medida que pasa el tiempo ese pasado quede cada día más lejos. Para terminar, la autora valora esta dimensión abierta y permanentemente revisitada de la memoria, y se pregunta si esa no será su forma “normal”.

Por último, en el capítulo “Historia reciente de pasados traumáticos. De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura argentina”, Daniel Lvovich incorpora una lectura diferente acerca del vínculo entre historia y memoria. Lo hace a través de la mención de dos autores argentinos, Tulio Halperín Donghi y Luis Alberto Romero, quienes a diferencia de las miradas hasta aquí citadas advierten sobre la necesidad de establecer una ruptura entre memoria e historia. El primero de estos historiadores señala que para analizar el caso de la última dictadura argentina es imprescindible mantener una memoria del horror, y ligada a eso marca la incapacidad de la historiografía de captar los sentidos fundamentales de lo vivido. Por su parte Romero, en un sentido opuesto, considera que la memoria fue útil en la faz cívica, pero obtura el saber histórico. De ese modo el saber académico historiográfico es el único modo de comprender el proceso dictatorial.

La posición de Lvovich, por su parte, sostenida en un análisis de los casos europeos de gobiernos dictatoriales, señala que el rechazo a esos gobiernos se ha articulado con estudios históricamente valiosos. En ese sentido se espera, de acuerdo con este autor, que del equilibrio entre distancia y compromiso puedan salir aportes historiográficos sustanciales. Ese es el segundo eje de este libro.

Compromiso y distanciamiento

Este eje parte de una idea que las compiladoras ponen en juego en la introducción, según la cual a los historiadores del pasado cercano se les exige mucho, no sólo académica, sino también

política, civil y moralmente. Allí se encuentra el problema de combinar el distanciamiento crítico, propio de las lógicas académicas de producción de conocimiento científico, con el compromiso que puede sentirse en relación a sujetos cuyos valores políticos y/o principios morales se comparten.

Esto se puede vincular a un proceso que describe Traverso, a partir del cual la idea de la memoria como “religión civil” está estrechamente asociada al testigo como “víctima” (y no, por ejemplo, como “vencido”). Así, la “empatía” con la víctima puede jugar en contra de esa distancia que el discurso académico supone. Además de esta tensión que incluye un problema de orden político, hay otra más estrictamente académica señalada por Franco y Levín. Se trata de la dificultad de construir un discurso propio de las ciencias sociales cuando algunas de las categorías utilizadas son a su vez del uso común de los actores estudiados. Los ejemplos de “genocidio” o “guerra” sirven para explicar la dificultad que supone el tratamiento de esos conceptos. Se pretende evitar la repetición sin mediaciones de lo que la antropología llamaría “categorías nativas”, tanto como el aislamiento positivista de esos conceptos.

La cercanía del uso de los conceptos está asociada claramente a la proximidad temporal entre el objeto y el investigador. La historia, señalan las autoras, suele hablar de procesos que suceden más lejos en el tiempo. Para hacer justicia con la voluntad interdisciplinaria que anima a las compiladoras, se puede agregar que el mismo problema tiene la antropología del presente. Ya no en el tiempo, sino en el espacio, este conflicto aparece en momento en que deja de ser sólo antropología de lugares lejanos. Silvia Finocchio, en su trabajo titulado “Entradas educativas en los lugares de la memoria”, plantea que la historia reciente no fue abordada durante muchos años en la escuela porque no cumplía con la condición de lejanía, pensada como garantía de neutralidad. Así, muchos docentes además de no tener demasiados materiales para su tratamiento, se encuentran con el rechazo de parte de algunos alumnos y/o padres para estudiar la Dictadura, porque su lectura impugnatoria estaría sesgando su análisis. Vale decir, se espera neutralidad por parte de la historia y también de la escuela.

Roberto Pittaluga, en “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista” advierte acerca de otros inconvenientes que el tratamiento del pasado reciente tuvo en la academia argentina de la posdictadura. Estas dificultades también pueden leerse desde la tensión entre distancia y compromiso. Hay varios elementos que explican por qué no hubo acercamientos historiográficos sustantivos en esa

↪ época. Por un lado, el perfil académico profesional se constituye por esos años en oposición al del intelectual comprometido de las décadas anteriores. Con esa transformación pierde la pasión política a manos de una neutralidad que la proximidad temporal aún no garantizaba. Por otro lado, esa misma profesionalización académica se enfrentaba con las experiencias anticapitalistas que (no) se constituían como su objeto de estudio. En tercer término, la revaloración de lo democrático (guiada por *un* sentido de la democracia) buscó su tradición en otras épocas más “democráticas” de nuestra historia. Por último, en muchos casos había un componente autobiográfico, puesto que varios académicos habían sido ellos mismos protagonistas de esa historia que no lograba constituirse como objeto de estudio.

Recién en los noventa, dice este autor, comienzan a realizarse estudios valiosos sobre aquellas experiencias. Para eso fue necesario escapar a una lectura de aquel período que ponía en el centro de la escena víctimas despolitizadas. Sin embargo, ese campo de estudios recién está en formación, y si bien logró al menos en parte incorporar la perspectiva de los protagonistas de las militancias setentistas, otro riesgo que debe evitarse es construir relatos demasiados cercanos a aquellas prácticas, porque así se pierde el valor del análisis.

Uso de las fuentes

Como se indicaba al comienzo, Franco y Levín pretenden que la historia reciente se construya como campo legítimo. Para ello es indispensable disputar el sentido de la historiografía con aquellas miradas más positivistas. Se trata de un enfrentamiento con quienes creen en el valor absoluto del documento escrito y subestiman la capacidad heurística de la historia oral. Como se observó antes, tampoco esto supone creer que el relato oral conlleva una verdad indiscutible. En todo caso, cada una de las fuentes tiene sus elementos a favor y otros que juegan en contra. Es necesario destacar que por un lado, su valor depende del tipo de preguntas que se quieran responder, y por el otro, la cercanía con el objeto no implica un problema sin resolución.

Ludmila da Silva Catela, en “Etnografía de los archivos de la represión en Argentina” advierte sobre la equivocación que supone tratar los archivos como *la* verdad. Los documentos escritos no dicen la verdad en mayor medida que lo hace la historia oral. Por eso el valor de los archivos de la represión no está en ellos mismos, sino en la apropiación que los distintos actores realizan de ellos. Así, diferentes actores los constituyen en territorios de la memoria donde disputan sentidos de la verdad en un proceso dinámico y no exento de conflictos. La autora plantea entonces la necesidad de una utilización no positivista de las fuentes, teniendo en cuenta que tanto en su producción (para este caso los distintos servicios de inteligencia que construyeron los archivos de la represión) como en su posterior uso, lo relevante es la presencia de actores que a través de su utilización disputan

sentidos sobre lo social, el pasado y el presente.

El trabajo de Vera Carnovale, “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente”, comparte con el de da Silva Catela la necesidad de evitar el uso positivista de las fuentes. La autora reflexiona en torno a cómo debe utilizarse la historia oral para dar cuenta del pasado. En primer lugar, señala que los relatos orales muchas veces resultan más útiles para comprender el sentido de las prácticas y las subjetividades que para conocer “los hechos”. En segundo lugar, la historia oral al igual que cualquier otra fuente, requiere de la puesta en diálogo con otros registros a fin de realizar un control sobre su veracidad. En tercer lugar, la autora señala el valor de los relatos orales para dar cuenta de aquello que en el pasado fue reprimido. Lo indecible claramente varía con el paso del tiempo, de allí que en el presente pueda hablarse de cuestiones que en el pasado resultaba imposible. En el mismo sentido la historia oral permite desnaturalizar aquello que otrora se les presentaba como natural a los sujetos. Para finalizar, Carnovale no pretende reemplazar lo oral por lo escrito sino hacer un aporte para la mejor utilización de ambos tipos de fuentes, por eso señala que el testimonio a pesar de no ser estadísticamente representativo, sí lo es de determinados procesos y dinámicas que de otro modo son difíciles de conocer por el investigador. Para cerrar este último eje, en línea con lo que dicen las autoras anteriores, aparece el trabajo de Kaufman quien, por un lado, pone en cuestión la veracidad de los archivos de la represión y, por el otro, señala que el historiador, quien tiene habitualmente al paso del tiempo como enemigo de sus tareas, carga a su vez con el problema de que esos documentos fueron hechos de modo clandestino y pensados no para trascender sino para pasar al olvido.

El valor de este libro se encuentra en su carácter programático. La posibilidad de desarrollo de esta nueva disciplina se efectivizará en la medida que pueda ir dando cuenta de algunos de los problemas aquí planteados. Lejos de brindar reglas a seguir, los trabajos aquí compilados complejizan la cuestión al tiempo que brindan su aporte para estos nuevos desarrollos. En la medida que la historia reciente vuelva fecundo su vínculo con otras disciplinas y articule de un modo crítico su relación con los actores protagonistas de ese pasado, podrá realizar aportes académicos acordes con el camino señalado por estos trabajos. ...

Ana Virginia Persello. *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, 350 páginas.

Por Marcela P. Ferrari (UNMdP-CONICET)

En este libro la autora analiza la historia del partido radical desde su gestación hasta el estallido social de diciembre de 2001 y, a partir de ella, obtiene un punto de mira privilegiado para echar luz sobre la historia política argentina en sentido amplio, interpretándola desde la perspectiva de la más antigua de sus fuerzas políticas mayoritarias.

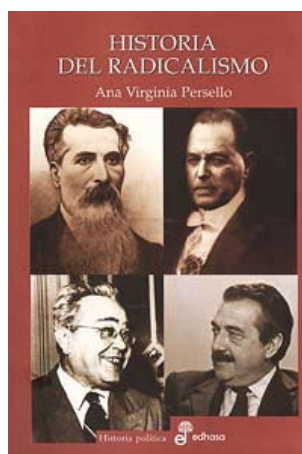
A través de ocho capítulos, Persello recorre los orígenes del radicalismo (1890-1916); la acción del partido durante los catorce años en el que sus representantes estuvieron al frente del gobierno nacional (1916-1930); los años posteriores al golpe de septiembre de 1930 cuando la UCR pasó a la oposición (1930-1943); la situación del partido durante los años del peronismo clásico (1945-1955); los tiempos de la división entre la Unión Cívica Radical Intransigente y la Unión Cívica Radical del Pueblo, atravesado por dos presidencias radicales jaqueadas por las Fuerzas Armadas (1955-1966); el período signado por la llamada Revolución Argentina y la apertura resultante en el tercer gobierno peronista hasta su caída (1966-1976) -que fue denominado por la autora “la Hora del Pueblo”, haciendo alusión al documento firmado por representantes de numerosos partidos exigiendo la libertad política y la convocatoria a elecciones sin proscripciones -; la recuperación democrática sucesiva a la dictadura militar signada por la presencia de la línea Renovación y Cambio en el gobierno hasta la caída del alfonsinismo. (1983-1989); y, por último, el contexto previo a la formación de la Alianza, su arribo al poder y su fracaso. En suma, más de cien años de historia argentina observados desde los avatares de un partido.

Historia del radicalismo es un trabajo detallado, concienzudo y erudito, sostenido en un exhaustivo trabajo empírico. Completa análisis previos realizados por la autora que quedaron plasmados en dos libros y numerosos artículos referidos a la UCR y al sistema de partidos. En efecto, en *El radicalismo en crisis* (1996) Persello había analizado exhaustivamente los trece años sucesivos al golpe del 6 de septiembre de 1930, cuando el partido pasó a la oposición, analizando la dinámica de la organización partidaria y su discurso. Con posterioridad, en *El partido radical. Gobierno y oposición* (2004), el libro que recupera su trabajo de tesis doctoral, analizó dos períodos del radicalismo: aquel en que fue gobierno y el que antes había llamado el de crisis, estableciendo un diálogo entre ambos momentos a partir de tres ejes: el partido, la cuestión electoral y la dinámica parlamentaria. En este nuevo libro la autora incorpora a los años analizados el período de los años

fundacionales de la abstención y las revoluciones y -luego de atravesar los años de gobierno y oposición- extiende el análisis prácticamente hasta nuestros días. En tal sentido, al esfuerzo de articulación en el largo plazo, se suma la novedad de incorporar la mucho menos trabajada historia reciente nacional, dando lugar a nuevas interpretaciones.

El hilo conductor del libro es aquello que la autora establece como su preocupación fundamental: la construcción del régimen político en tanto sistema de reglas que articula la relación entre gobernantes y gobernados y su traducción al funcionamiento del sistema político. Para desarrollarlo, focaliza el análisis en tres cuestiones: el partido, las elecciones y las prácticas políticas.

Ninguna de ellas puede desprenderse de la otra. Por el contrario, se encuentran fuertemente imbricadas y no podría comprenderse cada una aisladamente. Pero algo es claro: mientras el partido estuvo al frente del gobierno nacional (1916-1930; 1958-1962; 1963-1966; 1983-1989; 1999-2001) en el libro se presta más atención a la cuestión referida a la historia política nacional; y cuando el partido estuvo en la oposición o simplemente fuera del gobierno debido a las intervenciones militares, el foco está colocado prioritariamente en las pujas internas. Persello parte de una hipótesis que recorre todo el libro: la tensión entre el todo y las partes. A medida que pasaba el tiempo el radicalismo, nacido con la pretensión de representar a la Nación, iba aceptándose como una parte del sistema político. Pero, ¿qué radicalismo? Del análisis se desprende la heterogeneidad de la UCR que se manifestaba tanto entre la emergencia de las múltiples facciones que lo componían, en el desprendimiento de fuerzas que se convertían en nuevos partidos y en el llamado “internismo” radical que se exacerbó con posterioridad al retorno de la democracia en 1983 hasta ser definido por algunos dirigentes partidarios como “canibalismo”. La composición



↪ y recomposición de alineamientos permanentes constituyen uno de los aspectos más ricos del trabajo, destacándolo de la bibliografía preexistente que, por lo general, había representado al radicalismo como un partido que a lo largo del tiempo se había fragmentado dicotómicamente: azules y colorados; personalistas - antipersonalistas; intransigentes - unionistas; balbinistas - alfonsinistas, son algunos de los pares de opuestos más conocidos, pares concebidos a partir de los resultados a los que arribaba el partido. La minuciosa reconstrucción realizada por Persello ha logrado captar las instancias previas al desenlace en dichas soluciones y, al sistematizar los distintos modos en que el radicalismo se fragmentó a lo largo del tiempo, permite observar la compleja dinámica interna de la UCR como una especie de magma en ebullición. Algunos desprendimientos afectaron al radicalismo en el orden nacional y derivaron en la construcción de nuevos partidos, tales como el Partido Intransigente o el MID, constituidos por cuadros que habían integrado la UCRI. Otros fragmentos no fueron sino alineamientos coyunturales que luego volvieron a fundirse internamente. Las múltiples fragmentaciones derivaron en la necesidad de definir los principales rasgos identitarios y los dirigentes no pudieron encontrarlos más que en la defensa de la democracia representativa y de la libertad individual.

En su recorrido, Persello trabaja numerosos aspectos de los cuales queremos destacar especialmente cuatro. El primero es que la emergencia de cada una de las tendencias internas que se planteaban como renovadoras iba acompañada de una definición de su postura frente al oficialismo partidario. Pero también el partido en la oposición se definía frente al partido de gobierno. En este sentido, destaca la posición del radicalismo frente al primer peronismo: la UCR no podía diferenciarse en cuestiones de fondo porque había venido levantando las banderas de la justicia social y la intervención del Estado en las relaciones entre trabajo y capital desde tiempo atrás. Dado que el peronismo se había apropiado de "sus" consignas el partido procuró diferenciarse en el "cómo" llevar a cabo, por ejemplo, la política agraria o la comercialización a través del IAPI.

Un segundo aspecto remarcable es el modo en que la autora repara en las figuras de los principales líderes del partido y en sus prácticas, acercándose a los más conocidos - Ricardo Balbín, Arturo Frondizi, Raúl Alfonsín, entre otros- pero también a figuras menos frecuentadas por la literatura histórica, que articularon tendencias internas o elaboraron discursos de algunos sectores partidarios que marcaron lineamientos fuertes, tales como Moisés Lebensohn o Crisólogo Larralde.

Un tercer aspecto interesante, imbricado con el de los actores, es el modo en que Persello analiza la emergencia de las juventudes del radicalismo, la Junta Coordinadora Nacional y la Franja Morada, nacidas en 1968 y 1971 respectivamente en un clima de renovación más general de la política, y el desprendimiento de una "generación intermedia" que confluye en Renovación y

Cambio. Una vez más, estos sectores son observados en sí y en relación con el resto del partido, con los otros partidos y con los gobiernos de turno. En particular, es rico el modo en que se muestran las diferentes posturas de aceptación o rechazo asumidas por distintos dirigentes radicales frente a la dictadura militar. Del sector renovador la autora destaca el rol desempeñado por Raúl Alfonsín en tanto fundador de Renovación y Cambio, miembro de la Asociación Permanente de Derechos Humanos desde el momento de la fundación en 1975, autoexcluido de las comisiones de visitas a Malvinas durante la guerra, lo cual permite comprender en el mediano plazo su triunfo interno, su llegada a la presidencia de la Nación y, posteriormente, su rol como mediador en las internas partidarias.

Por último, al tratar el desempeño del radicalismo ante la década menemista, la conformación de la Alianza y la posterior caída del gobierno, este trabajo legitima las potencialidades de la historia para explicar coyunturas próximas al presente, aún restringiéndose a fuentes escritas.

El libro cierra con conclusiones que no son enfáticas. Una vez más, en un estilo que la caracteriza, la autora deja hablar a las fuentes, introduciendo a modo de balance las apreciaciones que realizan sobre el partido los propios dirigentes. Y sintetiza aquellos rasgos identitarios que se mantienen desde los orígenes en el radicalismo: apelación al ciudadano, reivindicación de la democracia, rigidez de estructura y laxitud en las fronteras partidarias, discurso polifónico y producción de liderazgos fuertes.

En conjunto, se trata de una lectura profunda que seguramente estimulará la realización de nuevas investigaciones sobre múltiples aspectos que Ana Virginia Persello dispara. ...